

de podía descansar de las tareas de la Cámara, libre de visitas y de las recepciones....

Bien seguro es que la señora Méfre hubiera puesto el grito en el cielo si semejante cosa hubiera pasado en su casa: solamente porque se trataba de Numa, era esto simpático y natural. Gustábale echar una cana al aire; pero por ventura, ¿no habían hecho lo mismo todos nuestros reyes, así como Carlos X y Enrique IV, el verde galán? ¡Pardiez!

Y á aquella ligereza, á aquel tono de frivolidad con que el Mediodía trata todos los asuntos amorosos, se mezclaba un ódio de raza y antipatía contra la mujer del Norte, la extranjera y la de la cocina con olor á manteca.

Se excitaban, se detallaban anécdotas, los encantos de la pequeña Alicia, y sus triunfos en la Gran Opera.

—Yo he conocido á la mamá Bachellery en tiempo de la feria de Beaucaire, decía el viejo Valmajour.... Ella cantaba la romanza en el *Café Thibaut*.

Oliverta escuchaba sin respirar, sin perder palabra, reteniendo en su memoria el nombre y dirección, y sus pequeños ojos brillaban con una diabólica embriaguez, en que el vino de Cartagena no entraba para nada.

## XVII.

## La Canastilla.

Á un ligero golpe dado en la puerta de su habitación se estremeció la señora de Roumestan, como si hubiera sido cogida en un desliz; y cerrando el cajón, delicadamente hecho, de su cómoda Luis XV, ante la cual se hallaba arrodillada, preguntó:

—¿Quién está ahí?... ¿Qué queréis Polly?

—Una carta para la señora.... Es muy urgente— respondió la inglesa.

Rosalía tomó la carta y cerró la puerta precipitadamente.

Letra desconocida, tosca, en papel ordinario, y con el «en persona y urgente...» Peticiones de socorros. Jamás la hubiera molestado por tan poca cosa una doncella parisiense. Arrojó el papel sobre la cómoda, aplazando su lectura para después, y volvió inmediatamente á su gaveta, que contenía las maravillas de la antigua canastilla.

Desde hacía ocho años, desde el drama, no la había abierto temiendo despertar de nuevo sus temores, ni aún desde su embarazo, por una superstición maternal, por temor de acarrear desgracias nuevamente con aquella caricia anticipada hecha al nuevo hijo que ha de nacer, por medio de su pequeño ajuar. Esta valerosa mujer tenía todas las excitaciones nerviosas de la mujer, todos sus estremecimientos, las con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

mociones titilantes de la sensitiva. El mundo, que juzga sin comprender, la encontraba fría, como los ignorantes imaginan que las flores no viven. Pero ahora, que tiene seis meses su esperanza, es necesario desenvolver todos aquellos pequeños objetos, visitarlos, transformarlos tal vez, porque la moda cambia aún para los recién nacidos. No siempre se les engalana de la misma manera, y para esta ocupación se había encerrado Rosalia.

En un ministerio, con todo su ruido de papeles, y el febril vaiven de empleados, comisiones y subcomisiones, no hay verdaderamente nada tan serio ni tan interesante como aquella mujer arrodillada ante una gaveta abierta, laténdole el corazón y temblándole las manos.

Sacó los encajes, un poco amarillentos, que preservaban con perfumes todo aquel arsenal de inocentes adornos, los capillos, las almillas colocadas por orden de edades y estaturas, la falda para el bautizo, las medias de muñeca....

Creía verse ya en Orsay, otra vez dulcemente lánguida, trabajando horas enteras á la sombra de la gran acacia, cuyas blancas flores caían en la canastilla de labor entre sus acericos y sus finas tijeras de bordar, concentrando todo su pensamiento en un punto de costura que mesuraban sus ensueños y sus horas.

Entonces, ¡cuántas ilusiones! ¡qué creencias! ¡qué alegre gorjeo en las ramas que cubrían su cabeza! y en su interior, ¡qué renovación de tiernas sensaciones y cuántas de ellas nuevas!

En un día, la vida se dejaba sentir de nuevo repentinamente, y su desesperación le hacía recordar la traición de su marido y la pérdida del hijo, á medida que desenvolvía la canastilla.

La vista del primer pequeño adorno, muy próximo á servir, aquel que se prepara sobre la cuna en el instante del na-

cimiento, las mangas, las gorras bordadas, le hacían verter lágrimas. Parecía que su hijo había vivido, que le había conocido y abrazado. ¡Un niño! ¡Oh! ciertamente, sí, un niño robusto y lindo, y en su rostro, blanco como la leche, los ojos grandes y expresivos de su abuelo!

Ya tendría hoy ocho años, largos cabellos rizados cayendo sobre su hermoso cuello.

En esa edad, ellos pertenecen todavía á la madre que los pasea, los adorna y les hace trabajar. ¡Ah cruel, cruel vida!....

Pero, poco á poco, sacando y manoseando los pequeños objetos con aquellos lazos microscópicos, sus bordados de flores y sus encajes como la nieve, ella se tranquiliza. Pues bien; la vida no es tan detestable, y mientras dure, es necesario tener valor.

Ella había perdido todo el suyo con aquel cambio funesto, imaginándose que se había acabado para ella el creer, el amar, el ser esposa y madre; que sólo le restaba ver desaparecer el luminoso pasado, como una playa que se aleja.

Lnégo, después de los años de tristeza, bajo la fría nieve de su corazón, la primavera había germinado lentamente, y hé aquí que ella florecía de nuevo en aquel pequeño que iba á nacer, que ella sentía ya vigoroso en los fuertes movimientos de piés que le hacía sentir por las noches. ¡Y Numa, tan cambiado, tan bueno, curado de sus brutales violencias! Él conservaba aún debilidades que no le gustaban, aquellos rodeos italianos que él no podía evitar, pero «esto es la política....», como él decía. Por otra parte, había perdido las ilusiones de los primeros días; sabía que para vivir dichosa es necesario contentarse con el poco más ó menos de todas las cosas, y confeccionarse felicidades completas con las medias felicidades que la existencia nos da....

Llamaron de nuevo á la puerta; era M. Mejean, que quería de nuevo hablar á la señora.

— Bien..... allá voy.....

Rosalía le encontró en el pequeño salon, paseando muy conmovido, de un lado á otro.

— Tengo una cosa que confesaros, dijo, con el tono de familiaridad un poco brusco, que autorizaba una amistad antigua ya, y que no dependía de él que no hubiese constituido un lazo fraternal..... — Hace algunos dias que he concluido este miserable asunto..... Yo no os lo decia, por reservaros este dolor más tiempo.— ¡Mirad! le dijo, y le entregó el retrato de Hortensia.

— En fin..... ¡Oh, cuán dichosa va á ser la pobre querida!.....— Y se enternecía ante la linda figura de su hermana, llena de salud y juventud bajo su disfraz provenzal, y leía por bajo del retrato con letra diminuta: *Yo creo en vos, y os amo.*— HORTENSIA LE QUESNOY.— Luégo, pensando que el pobre enamorado lo habia leído tambien, y que se habia encargado de una triste mision, le apretó la mano afectuosamente.

— Gracias.

— No me lo agradezcais, señora. Si esto era penoso..... Pero hace ocho dias que, si vivo, es sólo debido á éstas palabras: *Yo creo en vos, y os amo.* En el primer momento yo me figuré que esto era por mí.....

Y añadió muy bajo y con timidez:

— ¿Cómo está ella?

— ¡Oh! no muy bien..... Mamá la lleva al Mediodía..... Ahora quiere lo que quieren los demas..... Parece haber como un resorte roto en su corazon.

— ¿Está cambiada?

Rosalía con un gesto exclamó:

— ¡Ah!.....

— Hasta la vista señora..... dijo Mejean con mucha precipitacion, alejándose á toda prisa. En la puerta se volvió, y

rozando con sus sólidas espaldas la *portière* medio levantada, exclamó:

— Es una verdadera fortuna que yo no tenga imaginacion..... si no, sería muy desdichado.....

Rosalía regresó muy entristecida á su habitacion. Mucho tenía que luchar para evitar esta tristeza, y al invocar la juventud de su hermana, al repetirse las palabras animosas de Jarras, que no veía en todo ello más que una crisis que salvar, le ocurrían negras ideas que contrastaban con los gratos pensamientos que le inspiraba su canastilla.

Apresuróse á separar, ordenar y encerrar los pequeños objetos diseminados, y cuando se levantó, apercibió la carta que habia dejado sobre la cómoda; la tomó, la leyó maquinalmente, esperando encontrar en ella una de las peticiones que frecuentemente recibia de tantas personas; una de esas cartas, en fin, que hubiera llegado bien en alguno de esos momentos supersticiosos en que la caridad parece ser el ángel de la felicidad. Por esta razon no la comprendió desde luégo, y tuvo que leer de nuevo aquellos renglones escritos en un colegio por la tosca pluma de un estudiante, el jóven Guilloche:

«Si gustais de la *brandade*, esta tarde se come excelente en casa de la señorita Bachellery, calle de Lóndres. Vuestro marido es quien la regala. Dad tres golpes á la puerta y entrad sin vacilar.»

De estas frases groseras, de aquel pérfido y cenagoso fondo salía la verdad, ayudada por las coincidencias y los recuerdos: aquel nombre de Bachellery, tantas veces pronunciado desde hacía un año; los artículos enigmáticos sobre su contrata; aquellas señas que ella le habia oido dar; la larga permanencia en Avillard..... todo se lo explicaba. En un instante la duda de Rosalía se convirtió en realidad. Por otra parte, el pasado ¿no le aclaraba aquel presente con

todo su horror? ¡Mentiras y no otra cosa podía ni debía ser aquello!

¿Por qué aquel eterno confeccionador de farsas había de perdonarla? Ella era la que había sido loca con dejarse engañar por aquella palabra mentirosa, por sus venales ternezas, y recordaba detalles que en un mismo instante la hacían enrojecer y palidecer. En esta ocasión no era ya la desesperación, con abundantes y puras lágrimas, de las primeras decepciones; mezclábase la cólera contra sí misma, tan débil, tan fácil en haber podido perdonar la primera falta, á él, que la había engañado con menosprecio de las promesas y de los juramentos.

Ella hubiera querido convencerle en el acto; pero él estaba en Versalles en la Cámara.

Ocurrióle la idea de llamar á Mejean, pero le repugnó el obligar á aquel hombre honrado á que mintiese. Y reducida á sofocar la violencia de sentimientos contrarios, para no gritar y entregarse á la terrible crisis nerviosa que sentía apoderarse de sí, paseaba de aquí para allí, ciñendo con las manos el talle suelto de su peinador.

De repente se detuvo, estremeciéndose con un loco terror.

¡ Su hijo !

El también sufría y lo advertía á su madre, con toda la violencia de una vida que se esfuerza por crecer.

— ¡ Ah, Dios mío ! ¡ Si irá á morir éste como el otro, en la misma edad del embarazo, en circunstancias iguales !.....

El destino, que se llama ciego, tiene á veces estas combinaciones feroces. Y ella razonaba con palabras entrecortadas por tiernas exclamaciones, repitiendo: «pequeño querido..... pobre pequeño.....», y procuraba ver las cosas con frialdad, para conducirse con dignidad, y sobre todo, para no comprometer aquel solo bien que le restaba.

Tomó una labor, aquel bordado de Penélope que mantie-

ne siempre en vigor la actividad de la parisiense, porque era necesario esperar la vuelta de Numa, explicarse con él, ó más bien por su actitud buscar la convicción de la falta ántes del irremediable escándalo de una separación.

¡ Oh ! ¡ Aquellas lanas brillantes, aquel cañamazo regular é incoloro, cuántas confidencias reciben, cuántos recuerdos, cuántas alegrías y deseos forman el reverso complicado, anudado, lleno de hebras rotas de aquellas obras femeniles de flores apaciblemente entrelazadas !

Al llegar de la Cámara, Numa Roumestan encontró á su mujer dándole á la aguja, á la escasa claridad de un solo quinqué encendido : y aquel cuadro tranquilo, aquel bello perfil dulcificado con una cabellera color castaña, en la sombra lujosa de colgaduras bordadas, en donde las mamparas encarnadas, los antiguos bronceos, los marfiles, las porcelanas, recibían las luces ondulantes y tibias del fuego de la chimenea, le afectó por su contraste con el murmullo de la Asamblea, los techos luminosos envueltos en el polvo flotante que se cernía sobre los debates, como la nube de polvo que se levanta en un campo de maniobras.

— Buenos días, señora..... Bien se está en su casa..... — La sesión había sido acalorada. Siempre aquel horrible presupuesto; la izquierda colgada durante cinco horas del faldón de aquel pobre general Espaillon, que no sabía hilvanar dos ideas seguidas si no decía S..... N..... D..... D..... En fin, el Gabinete obtenía la victoria esta vez también; pero después de las vacaciones de Año Nuevo, cuando la Cámara se traslade al Palacio de Bellas Artes, habrá que ver eso.

— Ellos cuentan mucho con el asunto Cardillac para debilitarme..... Hablará Ritter..... Nada más cómodo; ese Ritter..... él tiene estómago !.....

Y con su peculiar movimiento de hombros, añadió :

— Ritter contra Roumestan..... El Norte contra el Me-

dió.... Tanto mejor. Esto va á divertirme.... Habrá debate....

Él hablaba sólo de los negocios, sin apercibirse del mutismo de Rosalía. Acercóse á ella, y sentado en una banqueta, le hizo soltar la labor; quiso besarle una mano, y le dijo:

—¿Es muy urgente lo que bordas? ¿Es el aguinaldo que me destinas?

—¿Yo? Ya he comprado el tuyo.... Adivina.

Desprendióse poco á poco, le miró fijamente hasta hacerle bajar los ojos sin responderle. Él tenía las facciones fatigadas. Aquel rostro abatido dibujaba, sin embargo, en lo recóndito de sus ojos y en las líneas de su boca una naturaleza á la vez dulce y violenta: todas las pasiones, y nada para resistirlas. Las caras del Mediodía son como sus paisajes; es necesario verlos con sol.

—¿Comes conmigo hoy? le preguntó su mujer.

—No; me esperan en casa de Durand. Es un fastidio comer allí.... Pero ya me estoy retrasando.... añadió levantándose. Por fortuna, no tengo que ponerme de frac para ir....

Su mujer le seguía con la vista. «Come conmigo», le decía. Y su voz cariñosa se endurecía por instantes, se hacía amenazadora, implacable. Pero Roumestan no era observador.... Y luego los negocios.... ¿no es así?.... ¡Ah! esta vida de hombre público no permite hacerla como uno quisiera.

—Adios pues....—dijo ella gravemente, terminando en su interior aquel adiós con «....puesto que tal es nuestro destino.»

Rosalía oyó alejarse el cupé, y guardando inmediatamente su labor, llamó con la campanilla.

—En seguida, un carruaje.... un fiacre.... Y vos, Polly, mi abrigo, mi sombrero.... voy á salir.

Dispuesta con prontitud, echó una ojeada á la habitacion

que iba á abandonar y en la que nada suyo dejaba; verdadera habitacion de una casa adornada con la pompa de su frio brocado amarillo.

—Bajad ese bastidor y ponedlo en el carruaje.

La canastilla era todo lo que ella llevaba de los bienes comunes.

A la portezuela del carruaje, la inglesa, muy preocupada, preguntó si la señora comería. No; comería y tal vez dormiría en casa de su padre.

En el camino le ocurrió una duda, ó más bien un escrúpulo.... Si nada de aquello era cierto.... Y si aquella Bachelery no vivía en la calle de Lóndres.... Ella dió al cochero la direccion, sin grandes esperanzas; pero necesitaba tener la certeza.

Detúvose el fiacre á la puerta de un pequeño hotel de dos pisos, coronados de una terraza con jardin de invierno, antiguo ventorrillo de un levantino del Cairo, que acababa de morir arruinado.

Tenía este ventorrillo el aspecto de una casita con palomar; estaba cercado, y tenía echadas las cortinas, despidiendo un fuerte olor á cocina que subía de la cueva, alumbrada y ruidosa. Con observar tan sólo la manera como la puerta obedeció á los tres campanillazos girando sobre sus goznes, Rosalía lo comprendió todo.

Una tapicería persa recogida por cordones en medio de la antecámara, dejaba ver la escalera, su blando tapiz y los mecheros en que el gas ardía con toda su brillantez.

Rosalía oyó reír; avanzó dos pasos, y vió lo que jamas pudo olvidar.

En la meseta del primer piso, Numa se hallaba recostado sobre el pasamano, encendido, en mangas de camisa, teniendo cogida por el talle á aquella jóven, muy desenvuelta también, con los cabellos á la espalda sobre los arameles de un

*deshabillé* de fular rosa. Él gritaba con desenfrenado acento :  
¡ Bompard, sube la *brandade*!

¡ Allí era donde tenía que verse al Ministro de Instrucción Pública y de Cultos, al gran comerciante de moral religiosa, al defensor de las sanas doctrinas! ¡ Allí era donde se dejaba ver, sin máscara y sin ademanes, todo su Mediodía á sus anchas, y descarado como en plena feria de Beaucaire!

— ¡ Bompard, sube la *brandade*!..... — repitió la bribona exagerando expresamente la entonación marsellesa.

Bompard era sin duda aquel marmiton improvisado, que salía de la cocina con la servilleta al hombro, rodeando con sus brazos un gran plato, y quien abrió la estridente hoja de la puerta.

## XVIII.

### El día de Año Nuevo.

« ¡ Los señores de la Administración central!..... »

« ¡ Los señores de la Dirección de Bellas Artes!..... »

« ¡ Los señores de la Academia de Medicina!..... »

A medida que el ujier, en traje de gala, con pantalón corto y espada al cinto, anunciaba con su pausada voz la entrada solemne en las salas de recepción, atravesaban el inmenso salón rojo numerosas filas de trajes negros, y venían á colocarse formando semicírculo ante el Ministro que se hallaba de espaldas á la chimenea, teniendo á su lado su subsecretario de Estado, Mr. de la Calmette, su jefe de despacho, sus expertos auxiliares y algunos directores del ministerio Dansaert Bechut.

A cada Cuerpo constituido presentado por su presidente ó su decano, su Excelencia dirigía felicitaciones por las condecoraciones ó los premios concedidos á alguno de sus individuos. Después, el Cuerpo constituido daba media vuelta, y cedia el puesto retirándose: llegaban otros á paso largo, tropezando muchas veces con las puertas del salón, porque era tarde y la recepción se había atrasado una hora, y cada cual pensaba en el desayuno de familia que le esperaba.

El salón de conciertos estaba convertido en vestuario: los grupos se impacientaban mirando sus relojes, abrochándose